

# **La muerte de Julio César**

**Ana Lucía Ramírez**

Esta obra se estrenó en 2015.

[teatromexicano1@gmail.com](mailto:teatromexicano1@gmail.com)

## 1. Cayo Julio César

No sé si cada hombre traza su propio destino.

Y cada dios viene y se lo jode.

O si los dioses, con sus enormes manos, nos colocan en este tablero de agua y tierra.

A veces como sus peones.

A veces como sus alfiles.

A veces como el hoyo en la arena que deja su pulgar.

Y nosotros en nuestra estupidez.

Porque somos estúpidos de nacimiento.

Unos mucho más, otros mucho menos.

Pero todos estúpidos al fin.

En nuestra natural y continua sordera.

Nos vamos desviando de a poquito.

No lo sé.

No lo sabemos.

Lo cierto es que las decisiones de los hombres.

O de los dioses tomadas por los hombres.

Sea cual fuere el caso.

Son capaces de hundir o levantar una República.

Nuestra República.

LA REPÚBLICA DE ROMA.

Estamos ante la posibilidad de una guerra civil.

Prodigios evidentes anuncian la caída de César.

Del gran Julio César.

A quien años antes el Senado nombró dictador vitalicio, quizá por miedo a amanecer con una daga atravesada en el cuello, o por mera lambisconería,

o quizá porque muy en sus adentros realmente deseaban tener un culo estable al cual besar.

El gran culo del grandísimo César.

El enorme culo del majestuoso César.

El monumental culo del ingente Julio César, dictador vitalicio, título que nunca, pero nunca nunca, se había escuchado en la República Romana.

Alguna vez los romanos fuimos monarquía.

Pero de eso no queremos saber más.

Nadie en su sano juicio, gozando de completa libertad, querría volver a sus inicios.

Nadie.

Nadie.

Nadie.

## **2. Los augurios**

Corría el año 44 a.C.

Los Idus de marzo estaban a unas horas de llegar.

La noche traía resplandores y fuegos tremebundos.

No eran las estrellas, ni la Luna.

Parecían más bien espíritus irritados.

O felices porque la suerte de un tirano estaba a unas cuantas horas de llegar a su fin.

Y los vientos, los vientos impacientes golpeaban muros y pilares de esta gran ciudad.

Desde el templo de Saturno hasta La Regía, hombres, mujeres, ancianos, y hasta uno que otro esclavo,

corrían de un lado a otro invadidos por el miedo.

El puto miedo, que nos hace recordar lo aplastables que somos.

Córrele, córrele que nos va a quebrar un rayo.

A Caepio se le vino la pérgola de Quinto encima y le rompió las piernas.

En la puerta de mi casa vi una sombra.

¿Le viste la cara?

Te digo que era una sombra.

Juro por Juno que un esclavo de Lucio estaba arrojando llamas de un brazo.

Era el izquierdo.

Cuando la llama bajó creí que estaba carbonizado, pero no, seguía intacto.

Y así, y así.

Todos querían llegar a sus hogares.

Cerrar los ojos y orar.

Jamás se ha visto algo similar en Roma, se repetían los ciudadanos.

Jamás.

Júpiter anda enfurecido.

Exacerbadamente enfurecido.

Algo está tramando el muy cabrón.

Y al diez para las doce aquello que inició como tormenta se convirtió temiblemente en tempestad.

Cuídate de los Idus de marzo le había advertido el ciego a César, cuídate.

Pero César no le dio importancia.

Los augurios de ese ciego son sólo estupideces, le decía el dictador a su séquito.

Sólo estupideces.

A ver, explíquenme cómo es que ciego como está sabe que las aves vuelan para allá y no para acá.

Así está de cabrón, mi señor, así está de cabrón.

Mejor cuídese de los Idus de marzo.

Sí, cuídese de los Idus de marzo.

Por si sí o por si no, cuídese.

Pero César desdeñando sus palabras replicó.

César, ¿a quién teme César si no al mismo César?

Que se cuide Julio César de temer, pues en vez de soldado la historia lo tendrá por joto.

Un joto que le gusta que le den por el culo.

Y ese no es el César que surcará la historia. No.

El universo le quedaba tan pequeño a Julio César.

Que prefirió cerrar sus oídos. Los hombres somos estúpidos de nacimiento e indiscutiblemente sordos.

Esa noche, César no pudo dormir.

Tenía la sensación que algo no andaba bien del todo.

Leones paseando por las calles como quien va a la plaza un domingo.

Aves del averno revoloteando por la ciudad, no era lo normal.

En fin.

Apenas cerró César los ojos, escuchó al cielo rugir como el mismísimo Pompeyo en la guerra de Farsalia.

Tapó sus oídos con una frazada, pero sólo pudo recordar a aquel ciego vociferando. ¡Cuídate de los Idus de marzo! ¡Cuídate!

Tomó un poco de agua y cuando estaba a punto de conciliar el sueño Calpurnia, su mujer, gritó: ¡Auxilio, auxilio! ¡Asesinan a mi César! ¡Auxilio!

Y acto seguido comenzó a roncar.

Definitivamente algo no andaba bien.

### **3. Calpurnia**

Ya era la hora quinta.

Y la calma no llegaba.

César se levantó.

Comenzó a vestirse.

y cuando estaba a punto de salir del cuarto.

Su mujer despertó.

Ni un paso más Cayo Julio César. ¿A dónde crees que vas?

Le espetó Calpurnia a su marido.

¿A dónde?

Qué te importa.

¿Que qué me importa. Que qué me importa?... Eres idiota o qué. No adviertes que el mundo está gritándote a la cara que hoy te mueres.

Cierra el hocico.

Ciérralo tú... Entiende Cayo, cuando muere un mendigo no aparecen cometas, en cambio cuando muere un soberano, los dioses se irritan, escupen pura mierda para que nos la traguemos.

Es la última vez que me levantas la voz.

Cayo por favor no vayas.

César continuó su camino.

Entonces de un salto, Calpurnia se abalanzó sobre él y fue a dar a sus pies, y a arañazos y dentelladas como un perro trató de detenerlo, pero fue inútil.

Hazte a un lado.

No.

¿Qué mierdas tienes?

Tuve pesadillas Cayo, por favor no salgas, respondió Calpurnia con los dientes enganchados a las sandalias de su marido.

Suéltame, increpó César visiblemente irritado.

Suéltame.



Y lo soltó.

No voy con Cleopatra si esa es tu apuración, voy al Senado.

No entiendes nada César. Esa ramera tiene de ti el amor y no quiero que alguien más tenga de ti la vida... César, tuve pesadillas.

¿Y?

Y las tumbas se han entreabierto y vomitado a sus difuntos.

¿Y? Cómo serás imbécil, los sueños son mensajeros de los dioses.

Y esas son tonterías, idioteces en las que tú no crees.

Pues fíjate que hoy desperté iluminada, y mi condición de iluminada me obliga a creer, ¿cómo la ves?

Me da igual.

Hijo de puta.

¿Qué dijiste?

Hijo de puta.

Entonces con todas sus fuerzas César le soltó tremenda bofetada.

Te lo advertí, exclamó el dictador con cierto ahogo.

César jamás había golpeado a una mujer.

Calpurnia se echó a llorar y le contó que en sueños presencié su muerte.

Estabas en mi regazo, César, todo mallugado. Y tu estatua, tu estatua, tan bonita, tan grandota, tan firme, tan, tan...

...

¡Ay! Estaba toda agujerada, cientos de huecos, parecías una fuente chorreando sangre, un raudal de pura sangre y todos tus amigos y enemigos brincaban como niños con juguete nuevo, se revolcaban en tu sangre como cerdos.

Y así lo estuvo instigando hasta que por fin lo convenció.

El amor y la culpa nos hacen ser sumisos.

Sobre todo la culpa.

Está bien, te prometo que no voy a ir al Senado; que vaya Marco Antonio a avisar.

Gracias Cayo.

Y se sentaron a desayunar tranquilamente, pero no les duró tanto el gusto porque su primo Décimo venía entrando.

Vengo a llevarte al Senado, le dijo a César con una enorme sonrisa. Tratando de ocultar su nerviosismo.

Pero era complicado, estaba a punto de consumir la tarea más importante de su vida.

Décimo, Bruto, Metelo, Casca, Trebonio y Cina, llevaban meses conspirando para derrocar a Julio César.

Y la hora había llegado.

En algo tenía razón Calpurnia, alguien debía morir ese 15 de marzo.

Aunque Décimo esperaba no ser él el de tan mala fortuna.

Levántate Gran César, ya son las ocho, vamos tarde, exclamó Décimo.

No iré, dile a esos vejestorios que no iré.

¿Por qué Señor?

Porque no quiero.

¿Eso les voy a decir?

Eso.

Se supone, mi querido César, que no debes saberlo, pero el Senado piensa darte hoy una corona.

Una corona.

Sí, una corona, podrás llevarla por toda Italia y sus provincias, excepto en Roma, ya sabes en lo que el pueblo se acostumbra.

Algunos, sobre todo los patricios, pensaban que en el fondo a César le agradaba la idea de portar una corona.

Otros no lo creían capaz de semejante traición.

Roma es nuestra República y así queremos conservarla.

Antes me mato a sartenazos que ver cómo nos convertimos en esclavos de un mortal.

Días antes en las fiestas de las Lupercales, César había despreciado la corona que Marco Antonio le ofreció frente a todo el pueblo.

Tres veces la ofreció Antonio y tres veces la despreció César.

La gente conmovida aplaudía y alzaba sus gorros pestilentes, y las mujeres gritaban “Oh Julio eres grande, más grande que cualquiera”.

Pero no importaba, habrían dicho lo mismo si éste apuñalara a sus hijos o a sus madres.

El ser humano está condicionado por la miseria de su pensamiento.

Porque francamente se notaba lo difícil que era para César alejar la corona de sus dedos.

El poder es tan seductor a la vista de los hombres.

Querido amigo, permíteme darte un consejo, no desprecies la corona, Roma necesita un Rey que convierta esta ciudad de ladrillos en una metrópoli cubierta en mármol. Vamos César, que el Senado se puede arrepentir, profirió Décimo intentando convencer a su primo.

Es que... Se lo prometí a mi mujer, le dijo Julio César en secreto.

César no estaba acostumbrado a seguir las órdenes de nadie.

Mucho menos de una mujer.

Pero su honor le impedía romper una promesa.

Lo siento, no puedo ir, exclamó el dictador abatido, como implorándole indirectamente a su mujer que olvidara lo antes dicho y lo dejara marcharse.

Pero Calpurnia no se inmutó.

César le contó a Décimo el porqué de su promesa, y le contó el sueño de Calpurnia, y le contó de los presagios y de los relámpagos y la tormenta que no lo dejó pegar el ojo.

Por eso no puedo ir.

Perdona mis palabras, tú eres grande y tu grandeza es incalculable al igual que certeras son tus decisiones, pero me preocupa algo, qué van a decir de ti cuando se enteren que no fuiste a recibir la corona porque tu mujer soñó horrores, le advirtió Décimo.

Y es que parecía una estupidez, aquel que había cruzado el Rubicón años atrás, el mismo que desafió a Sila el tirano en su juventud, y a quien no le importó destrozor pueblos enteros con tal de obtener victorias.

Hoy no quería romper una promesa.

Pero Décimo tenía una tarea empeñada con los dioses y la iba a cumplir.

Mira, yo creo que la visión de tu mujer debe ser algo favorable.

¿Tú crees?

Julio de la casa Julia, ve a tu pueblo, te adora, y tus enemigos te temen. Nadie tocaría un cabello tuyo sin estar consciente de que la muerte es lo único que vería después de eso. Es evidente que todo lo que me contaste indica que la gran Roma recibirá de tu trabajo sangre nueva que ha de regenerarla y que todos los romanos felices bañarán su cuerpo con esta renovación. Y manchados de ti, de tu linaje, gritarán tu nombre agradecidos.

¿Esto es lo que significa el sueño de Calpurnia?

Lo supongo, mi gran César. Por Venus, que es tu madre, podría decir que estoy seguro de ello.

César lo pensó medio segundo, recordó la parte de “te van a dar una corona”

Y se convenció.

Nos vemos Calpurnia me voy al Capitolio.

Hiciste una promesa, replicó su mujer.

Me aflige, pero hay asuntos más importantes y debo hacer lo que es mejor para la República.

“la República”... Haz lo que quieras. Los dioses te hablan y tú no escuchas... El Rey permanece impávido. Y no seré yo quien lo lamente...

Bien.

Dijo César y se dio la vuelta.

Ya en la puerta lo estaban esperando Bruto, Publio, Ligario, Metelo, Casca, Trebonio y Cina.

Y dos minutos después llegó Marco Antonio.

Todos, miembros del Senado.

Amigos, vinieron a acompañarme, les dijo César al verlos.

Y Bruto contestó.

No podría perderme un día tan importante para ti, como el de hoy.

Bruto, tú el más fiel de mis amigos, agradezco que estés cerca de mí en este día.

Yo también lo agradezco César, no sabes cuánto, exclamó Bruto.

Y se fueron.

Nada hizo ya Calpurnia para detenerlos.

Y si la hora estaba puesta ni el mismo Julio César podría invertir el resultado.

#### **4. Los Idus de marzo.**

Estoy parado frente al Capitolio.

Está él parado frente al Capitolio.

César está de frente al Capitolio.

Cientos de mujeres, hombres y niños me rodean.

Las trompetas suenan.

Avanzo.

César avanza.

Su paso es presuroso.

El pueblo entero grita su nombre.

¡César, César!

¡Salve César!

Algunas de sus estatuas tienen coronas de laurel.

El cielo está apacible.

En calma.

Pero la tierra se tambalea en el silencio.

Hoy me convertiré en Rey.

Se dice César.

Hoy me convertiré en Rey.

Hoy César será Rey si no lo detenemos.

Nadie podrá impedir que Roma sea mía.

Nadie podrá impedir que liberemos a Roma de la destrucción.

¡Los hombres son algunas veces dueños de su destino!

El mundo me parece tan estrecho.

Los más débiles se convertirán en los más fuertes.

Y la ambición sucumbirá ante la justicia.

Las piezas de los dioses están perfectamente colocadas.

*Alea Lacta est.*



“La suerte está echada”.

Está echada.

A lo lejos se escucha un grito.

Un ciego se acerca.

Es el adivino.

Ya son los Idus de marzo dice César.

Pero no han pasado, responde el anciano.

Cuídate.

Cuídate.

Cuídate, dice Calpurnia a la distancia.

Cuídate.

César avanza.

Sólo el instante y los días que restan es lo que le importa al hombre.

Un viejo, a quien César no conoce, le extiende un memorial.

César lo coloca al final del altero.

Léelo, le grita.

Es importante, léelo.

César sigue de largo.

Casca prepara la daga.

Cina se acerca a César.

Casio le abre paso entre la muchedumbre.

Décimo se asegura de traer el puñal consigo.

A Bruto le sudan las manos.

El miedo le agujera el intestino.

“¡La culpa no es de nuestra estrella!”

César entra al Capitolio.

Trebonio saca a Marco Antonio del Senado.

Marco Antonio entonces no sabía lo que estaba a punto de ocurrir.

Jamás lo hubiera permitido.

César se sienta en su silla de oro.

Por fin seré Rey, se repite.

¡Nosotros hemos consentido ser inferiores!

Metelo Cimber se arrodilla frente a él.

El Senado permanece expectante.

Bruto, Décimo, Casca, Cina, rodean al dictador.

Y de pronto Metelo jala el manto de Julio César.

Él jala de mi manto.

Siento el acero penetrando por mi pecho.

Una, dos, tres, cuatro... no sé cuántas veces.

Todo es confusión.

Nadie hace nada, todos miran.

Mis amigos me rodean.

Ellos eran sus amigos.

Caigo.

Veo a Pompeyo parado frente a mí.

Aquel que asesinaron en Egipto.

Se ve enorme.

Y a su lado Bruto.

Bruto.

Bruto.

Bruto.

*¿Et tu Bruto?*

...

## 5. Los conjurados

Estamos ante la posibilidad de una guerra civil.

Prodigios evidentes anuncian la llegada de un Rey.

Julio César.

Dictador vitalicio.

Y a quien años antes Pompeyo abrió las puertas del Senado.

Sin saber que aquel al que amó como a un hijo lo enviaría a su muerte.

Desdichados sean estos tiempos de traición.

Desdichados sean.

La República perece.

Pero está en nosotros los romanos consentirlo.

O actuar.

Quien se llame a sí mismo romano tiene la obligación de impedir que esta raza sea reducida a la esclavitud.

Este era el pensamiento de Casio.

Cayo Casio Longino.

Pretor Peregrinus.

Quien llevaba meses conspirando contra César en compañía de algunos miembros del Senado y patricios, entre ellos Casca, Trebonio, Decio, Metelo Cimber y Cina.

Amigos míos, el tiempo se acorta y es necesario actuar.

Manifestó Casio a los conspiradores.

Quienes estaban reunidos en medio de las fiestas de la Lupercales en el monte Palatino.

Y en voz baja comentaban todo lo que ante sus ojos ocurría.

Creían disimular.

Pero lo cierto es que se veían más que sospechosos.

Hoy por la mañana Flavio y Morulo fueron reducidos al silencio, comentó Casio a los ahí presentes.

¿Qué?

Tal como lo oyes Casca, César ordenó quitarles las magistraturas.

Esa es la mayor prueba de que César ansía la corona, profirió Cina.

Y es que durante las Lupercales.

Los tribunos de la plebe Flavio y Morulo.

Mandaron a encarcelar a los que veían por las calles coronando estatuas de César.

Y bueno, es que además de eso algunos le llamaron Rey.

¡Salve Rey de los romanos!

Exclamaba el pueblo.

¡Salve Rey!

A lo que César refutó.

Yo no soy Rey sino César. Julio César. Sólo Júpiter es Rey de los romanos, sólo él.

Todos los que oímos eso, sabemos lo difícil que era para César pronunciar esas palabras, ya que en el fondo deseaba la corona.

Y Metelo estaba muy convencido de ello.

César se convertirá en el peor tirano, si no lo detenemos.

No creo que César llegue a tanto, Metelo.

No dudes de mis palabras, Décimo, pues en su eco hallarás certezas.

Nuestra mayor dificultad es el pueblo mismo, está idiotizado con César, les da trigo y tierras yermas y ellos le idolatran como perros.

Yo no estaría tan seguro Trebonio.

Hace rato ustedes mismos lo contemplaron, Marco Antonio colocó la corona sobre César y el pueblo vituperó en su contra, y claro, César la hizo a un lado, para darles gusto, tres veces la ofreció Antonio y tres veces la rechazó César. El pueblo gritaba enardecido. Odian la idea de un rey.

Ese hijo de puta no se saldrá con la suya, juro por Júpiter que no lo hará, vieron el trabajo con el que hizo a un lado la corona, le dolían los dedos al soltarla.

Calma Casca, el día está cerca.

Casio, yo considero que deberíamos incitar al pueblo a una rebelión.

Tanto temo, Cimber, que los Romanos seguirán quietos, limpiando el culo de su amo. El ser humano está condicionado por la miseria de su pensamiento, no lo olvides.

Casio, hablas como si no fueras un romano.

Lo soy, Trebonio, pero me aturde vislumbrar que el espíritu de nuestros antepasados se extinguió. Y hoy solo nos quedan músculos de hombre y almas de ramera.

Y así estuvieron varios minutos insultando a César, tirando mierda contra el pueblo.

Y de paso ofertando propuestas para aniquilar al futuro rey.

Hasta que por fin Casio les soltó la idea que podría cambiarlo todo.

He pensado seriamente, caballeros, que necesitamos un líder. Alguien debe restaurar la injuria cometida. Regresarle a Roma y a sus nobles lo que les fue dado por natura.

Tú, Casio, quién mejor que tú.

Agradezco Metelo tu confianza pero César apenas me tolera y estoy seguro que desconfía de mí.

El plan consistía en matar a César para liberar a Roma de la monarquía.

Pero querían hacerlo de una forma honorable.

Si es que existe algún modo de asesinar a un amigo con honor.

¿Quién entonces debe ser el líder, Casio?

¿Quién?

¿Quién?

¿Quién? Preguntaron todos consternados.

A lo que Casio respondió.

Solo existe un hombre capaz y helo allí, sentado, expectante, ignorando su futuro.

¿Bruto?

Bruto.

Marco Junio Bruto, descendiente de Lucio Junio Bruto, quien lideró la expulsión del último Rey de Roma.

¿Bruto? Pero es pretor de César.

Y el más fiel de sus amigos, Casca, y el más cercano a él.

¿Quién es tan firme que no pueda ser seducido?

Bruto es el más justo de los hombres, no podría...

Su justicia será el puñal con el que aplaste a César.

Él es nuestro salvador.

Sí, Bruto es el indicado.

El pueblo le respeta.

Le quiere.

Y lo que en nosotros sería un acto aberrante, en él será un acto heroico.



Ahora sólo falta, amigos míos, sembrar en la mente de Bruto la idea y hacerle creer que fue suya y no nuestra.

A partir ese momento, Casio dedicó sus ratos libres a redactar cartas y mandarlas a poner diariamente en la silla curul de Bruto.

En las ventanas de su casa.

Y en cualquier lugar donde Bruto pudiera recibirlas.

Iban firmadas por vanos ciudadanos.

En ellas se tachaba a Bruto de marica y lo incitaban a revelarse contra César y derrocarlo.

Que procure César afianzarse.

Porque nunca hay enemigo corto al fraguar su empresa.

Nunca.

Casio llevaba ya varios días visitando a Bruto.

Intentando forjar su acero, pero aun no conseguía respuesta alguna.

Pues a pesar de que Bruto estaba inconforme con el estado de la República.

Y sumamente molesto con las leyes impuestas por César, donde concentraba el poder en sus manos.

Lo amaba como a un padre.

Y no lo creía capaz de echar por tierra la República.

Pero también es cierto que el poder turba a los hombres y César estaba muy cambiado.

No insistas Casio, no conspiraré contra César sin tener pruebas.

Qué más pruebas quieres Bruto, César nos quitó toda autoridad en el Senado, hurtó el poder que el pueblo nos confirió.

Son esas tus razones, el poder.

No, Bruto, el Estado. Y hoy por hoy el Estado es un hombre, César.

El Estado es Roma.

Roma no le interesa a César, apenas hace un año lo demostró, celebrando a lo grande su triunfo sobre Hispania sin importarle que en gran medida los vencidos eran Romanos... Deberías tener el temple de tu tío Catón. Me extraña tu indiferencia, Catón se suicidó para no ser abatido por la mano de César. Y tú solo sabes servirle. Por qué le tienes tantas consideraciones a un hombre inferior a ti.

Te prometí que me opondría a él en el Senado si quisiera la corona y lo haré.

Oponerte con palabras es darle la corona. Tu tibieza me molesta, deja la medida para las mujeres, en asuntos de importancia hay que accionar.

César nos perdonó la vida.

Y era verdad, César perdonó que Bruto y Casio pelearan en su contra en Farsalia a favor de Pompeyo y olvidando su rencor los reinstaló en el Senado.

Y a Bruto en ese entonces hasta lo nombró gobernante de la Galia.

Escucha Bruto, si bien Julio César nos perdonó la vida, le quitó a Catón la suya, y con su muerte tu mujer y tú quedaron huérfanos, porque él siendo padre de tu esposa también fue un padre para ti.

Refutó Casio consternado por la forma tan pasiva en que Bruto veía el mundo.

E intentando hacer mella en su corazón.

Pero los principios de Bruto parecían no ceder ante nada.

Los afectos privados y los deberes públicos no son la misma cosa.

¿Prefieres ver morir a tu pueblo que a un amigo?

Ya te dije, no hay pruebas.

César va a solicitarle la corona al Senado en los Idus de Marzo, lo sé de buena fuente. Yo impediré que eso suceda, ya sabrás qué hacer tú, dijo Casio y se fue.

Bruto tenía mucho que pensar.

Todo era confuso.

Las cartas seguían llegando.

Los Idus de Marzo estaban a unos días.

En fin. Por el momento solo podía pedirle a Júpiter una señal certera.

Y nada más.

## 6. Calpurnia

No sé cómo fue que llegamos aquí.

No sé cómo fue que llegué aquí.

Ni yo.

Algo olvidé en el camino.

Algo se quedó.

El día dura una puesta de sol.

Siempre una puesta de sol y un ocaso.

Nada más.

Todo tiene un orden natural.

Vida y muerte, un círculo perfecto.

Perfecto.

Perfecto.

Cleopatra está en Roma.

Está en Roma.

La inteligente y bella reina de Egipto.

Está en Roma.

Y en el lecho de César.

Él le ha puesto un palacio.

Dicen que lo hipnotizó.

Le ha dado un hijo.

Cesarión.

Mis entrañas están secas.

Mis ojos también.

Ambos fueron presentados a todo nuestro pueblo en medio de trompetas,  
bailarines y animales exóticos.

La rabia me aniquila.

Se hace llamar la nueva Isis, ja.

Puso una estatua de oro de ella afuera del templo de Venus.

Es una ramera de alcurnia.

La musa de sus erecciones.

La detesto.

Viajaron juntos por el Nilo, y ahora la trajo aquí.

La detesto.

Y el pueblo también.

Los histriones se mofan de mí.

Soy la burla de Roma.

Soy su burla.

Pensaba Calpurnia mientras veía a César llegar a casa.

Quitarse la toga y recostarse.

Pero esa noche Calpurnia no pudo más y lo enfrentó.

Dime Cayo, ¿por qué la trajiste?

De qué hablas.

¿Por qué la trajiste?

...

¿Por qué la trajiste?

Simple política.

Abrirle las piernas a esa golfa es simple política, hacerle un hijo es simple política, humillarme de esta manera es simple política.

Cleopatra controla Egipto, a Roma le conviene.

Te conviene a ti y a nadie más.

Yo sé lo que es mejor para Roma.

Deja tu palabrería para embrutecer al pueblo, a mí ya no... Mejor hablemos con sinceridad, dime cuál es el precio de la República, cuál es el precio de ser Rey... Pasar sobre mí y sobre tu pueblo, traicionaste a Pompeyo, él te encumbró. Todo lo que eres se lo debes a él, y mira que bien le pagaste arrojándolo a los lobos como carne de cordero. ¿Qué harás conmigo entonces? "Entre tú y Cleopatra no sé quién es la prostituta".

Pompeyo fue un gobernante mediano, un guerrero mediano, “Pompeyo el grande”, ja, “Grande”. Yo he hecho cosas grandes, he triplicado el territorio romano en menos de diez años, ¿cuál es tu queja, Cleopatra? Mejor guarda dignidad y calla.

¿Callar? Es lo que hago, y dignidad ya no me queda.

...

Dime César, en qué momento te volviste tan mezquino, querías tanto para Roma y hoy...

Y hoy...

César empuñó la mano y colérico espetó.

Por lo menos ella pudo darme un hijo...

Después de decir eso, Cayo bajo el puño y no hizo más.

Ya había hecho suficiente.

Ojalá que los dioses no te cobren caro tanta estupidez.

Respondió Calpurnia y exhaló.

Y en esa exhalación dejó ir el tiempo.

La rabia.

Y hasta un poco del amor que le seguía guardando a César.

## 7. La decisión

Ya era la hora quinta.

Los Idus de marzo habían llegado.

El viento soplaba con furia.

La tierra angustiada advertía el fin de una era.

La suerte de un romano estaba por cambiar.

Para virtud o agravio de sus hombres.

Al pie de una vela, Bruto.

Y a su lado Casio y los demás conjurados: Casca, Cina, Trebonio, Matelo Címber y Décimo.

Llegaron a casa de Bruto, todos cubiertos con mantos.

Cuerpo y cabeza ocultos.

Iban buscando una respuesta.

Bruto, piensa bien lo que harás.

César mató a Catón, tu tío.

Antepón la razón a la ira, si es que tienes rabia.

Es de humanos errar.

César quiere la corona.

Es tu deber emanciparnos.



Tus antepasados expulsaron a Tarquino.

Nos salvaron de un rex.

Es tu deber emanciparnos.

Bruto, acaso duermes.

Despierta.

Despierta Bruto.

Despierta.

Hiere a tu enemigo.

Despierta. Dinos. ¿Estás con nosotros y con Roma?

Preguntó Casio a Bruto.

¿Estás?

Bruto pensó largos segundos.

Hasta que por fin tomó la decisión.

No sabía si era la mejor opción o no.

Pero debía decidir.

Y lo hizo.

Estoy con ustedes y con Roma.

Doy gracias a Marte que así sea, que los dioses guíen nuestro proceder.

Así lo harán Casca, que me deje de llamar Cina si eso no sucede.

Bien, es preciso actuar. Llegaremos muy temprano a casa de César, lo escoltaremos hasta el Capitolio, y ya ahí en el teatro de Pompeyo lo mataremos. Es importante hacerlo en el Senado, con ello mostraremos lo honorable de esta causa, expresó Bruto a los otros.

Para salvar a la patria de todos los peligros, Marco Antonio debe morir o si no tomará el poder. Es igual de ambicioso que César y estoy seguro que esa amistad tan grande que le pregona Marco Antonio a Julio, no es otra cosa que interés. Además, imaginen a Roma gobernada por un plebeyo, bárbaro, sin conocimiento de leyes, ni modales. Expuso Casio convencido.

A lo que Bruto refutó colérico.

No se tocará a nadie que no sea Julio César, eso afrentaría todo gesto homérico de nuestra acción.

Así se hará entonces.

Así se hará.

Y Cicerón, él tal vez quisiera participar con nosotros, sugirió Trebonio.

No, respondió Bruto, no confío en lo volátil que es su pensamiento. Dejémoslo así.

Después de eso acordaron quién entretendría a Marco Antonio en la puerta de entrada, cuántos escoltarían a César hasta el Senado, quién anticiparía sus peticiones, y en qué momento lo matarían.

También se dice que idearon arrastrar su cadáver hasta el Tiber.

Confiscar todos sus bienes y entregarlos al Estado.

Disolver sus legiones.

Y expulsar a todo galo, germano y veterano de guerra que tuviera algún puesto público.

Eso y más se dice que planearon aquel 15 de marzo.

Y bien terminaron de hacerlo, se marcharon.

Nos vemos pues camaradas a las ocho en casa de César.

Todos menos yo, César no me cuenta entre sus amigos. Es mejor no causar más sospecha de la que seguramente existe hacia mí, dijo Casio y salió.

Bruto dio la vuelta para ir a su alcoba.

Y al doblar el pasillo halló a Porcia, su mujer.

Lo había escuchado todo.

¿Estás seguro de lo que vas a hacer Bruto?

Cuestionó Porcia afligida.

Sí, es por el bien de Roma.

Por qué juegas a ser Dios si eres tan solo humano.

Acepto mi deber. Es lo justo.

Vaya justicia que le quita a tu mujer el poder de decidir su propia muerte.

De qué hablas Porcia.

Bien sabes, Bruto, que no sería capaz de soportar tu muerte, ya lo hizo mi padre Catón, no veo por qué no pueda yo quitarme la vi...

No intentes persuadirme.

Si te pidiera quedarte, lo harías.

Los siguientes 56 segundos fueron silencio.

Y entonces Porcia entendió que cada hombre es dueño de su propio destino y que, por más que se opusiera, Bruto ya había hecho su elección.

Me sentí mal por él, por mí.

Por los dos.

El decidió partir.

Y yo dejarlo marcharse.

Ahora cada quien había tomado su camino.

Y ya no era necesario hacer un sacrificio para saber el final.

La vida es un diminuto puño de arena.

Tan frágil que es transportado por el viento.

Y tan fuerte que en su conjunto es roca.

Ojalá fuéramos roca en pequeñas partículas de arena.

Para necesitarnos.

Ojalá.

## **8. Los Idus de marzo.**

Estamos parados frente al Capitolio.

Está él parado frente al Capitolio.

César está de frente al Capitolio.

Cientos de mujeres, hombres y niños lo rodean.

Las trompetas suenan.

César avanza.

Su paso es presuroso.

El mío también.

Temo mi futuro.

Bruto está lleno de pavor.

La tierra se tambalea en el silencio.

Hoy salvaré a mi patria.

Se dice Bruto.

Hoy morirá el dictador.

Nadie podrá impedir que liberemos a Roma de la monarquía.

Las piezas de los dioses están perfectamente colocadas.

*Alea Lacta est.*

La suerte está echada.

Un ciego se acerca.

Ya son los Idus de marzo, dice César.

Pero no han pasado.

Detente.

Bruto no eres Dios.

Detente.

Implora Porcia a la distancia.

Detente.

Ojalá tu amor por Roma estuviera por debajo de mí.

Detente.

Bruto avanza.

Va con César.

Le siguen Décimo, Casio, Casca, Cina, Trebonio y Metelo.

Me sudan las manos. El miedo me agujera el intestino.

Entramos al Capitolio.

Trebonio distrae a Marco Antonio en las puertas del Senado.

César se sienta en su sillón de oro.

Metelo Cimber se arrodilla frente a él.

El Senado permanece expectante.

Bruto, Décimo, Casca, Cina, rodean al dictador.

César ante tus pies clamo.

Dice Metelo Cimber de rodillas.

Si es por tu hermano, digo no.

Permite que regrese de su exilio.

No.

Pero...

No.

Y acercándose Bruto.

Besa la mano de César.

Y con ese beso, implora a su amigo.

César, permite el regreso de Cimber.

No.

Casio se postra también.

Tengan dignidad hombres del Senado, dejen acto tan vulgar para los cerdos, ni el más bárbaro de los galos hubiera deshonrado su linaje con encorvadas reverencias y pueriles adulaciones.

César, qué amigo no es capaz de pedir un favor de esta manera.

Y qué amigo es capaz de negárselo.

Yo se los niego. Siéntense y guarden silencio, es tan poco lo que estoy dispuesto a oír.

Entonces Metelo, jala el manto de Julio César.

Él jala de su manto.

Casio hiere con un puñal su cuello.

César intenta detenernos, pero es inútil.

La fiera ha sido cazada.

Casca, Décimo y Metelo se abalanzan daga en mano contra César.

Las hojas van penetrando su ser.

Como pulgares en la arena.

César cae y en su caída va a dar a los pies de la estatua de Pompeyo.

Todos callan.

Sólo observan.

Unos con asombro.

Otros con recelo.



Pareciera que Pompeyo ha ejecutado su venganza.

Y ha dado muerte a su enemigo.

Pues ahí tirado bajo sus pies de mármol.

Asesta el último golpe.

El último golpe.

Bruto.

Amigo.

Hijo.

Hermano.

Verdugo.

*¿Et tu Bruto?*

Exclamó César y expiró.

Veintitrés heridas socavaron su cuerpo.

Como pulgares en la arena.

Asesinaron a César.

Asesinamos a César.

Y con él, sin saberlo, a la República.

Los conjurados, una vez cometido el homicidio,

lavarón sus manos y espadas con la sangre de César.

Y rebosantes proclamaban su victoria.

“¡Libertad, independencia y emancipación!” Gritaban en el Capitolio.

“¡Libertad, independencia y emancipación!”

Algunos miembros del Senado se les unieron.

“¡Libertad, independencia y emancipación!” Los más contemplaban con azoro.

No teman amigos.

No teman, Cayo Julio César, el tirano, ha muerto.

Le devolvimos la libertad a Roma.

¿Y Marco Antonio dónde está? Cuestionó Casio.

Me llamabas Casio.

Pensé que ...

Que había huido, jamás.

Lo cierto es que tras la muerte de César, Marco Antonio corrió despavorido a esconderse como un niño asustado por la noche.

Pero algo ...

Quizá su amor por César.

O su instinto de supervivencia.

Lo hizo entender que debía fraguar una tregua entre él y su enemigo.

Y volvió.

Aquí estoy, mirando de frente a la muerte, tu cuchillo ceñiste en César, rompe con él mis entrañas y devuélvele a tu conciencia la paz que tanto pregonas, Bruto, el más fiel de sus amigos, el más noble de los hombres.

Te equivocas, Marco Antonio, no es mi deseo matarte.

Debo no tener escrúpulos al presentarme ante ustedes y aceptar con gusto su misericordia, asesinos de César, pero si lo hago no es por cobardía sino porque los conozco y sé bien que para tal acción debe existir una razón que sobrepasa esta injuria. Ahora bien exijo conocer los motivos que los llevaron a herir tan pendencieramente a este hombre que lo único que hizo en vida fue gobernar en pro de Roma.

Dijo Marco Antonio esperando réplica.

Antonio, refutó Casio, no sé bien qué pretendes pero de algo puedes estar seguro, y hablando por mí y solo por mí, te digo, hoy recibirás mi mano en señal de amistad o mi espada si es que así lo quieres.

Casio, por favor, hemos actuado en nombre de la paz y la justicia.

No más.

Calma Bruto, me gusta la claridad y por ello acepto la tregua.

Dijo Antonio estrechando las palmas de cada uno de los conjurados.

Y añadió.

Mi única petición es subir a la tribuna en los funerales de César. Es deber de un Centurión rendir honor al líder de su ejército en la celebración de sus exequias.

Me parece bien, pero primero hablaré yo, cuando sea tu turno di cuanto quieras a favor de César y no olvides señalar que de ello tienes nuestra autorización.

Expresó Bruto y les dijo a los conjurados.

Salgamos del Capitolio y compartamos con los hijos de Júpiter nuestra alegría.

Hagámoslo.

Vamos.

Y mientras iban saliendo Casio no le quitó la vista Antonio.

No confiaba en él.

Tenía algo que no le daba buena espina.

Pero por lo pronto no podía hacer nada.

Algunos dicen que el ser humano al morir tarda en abandonar su cuerpo alrededor de tres horas.

180 minutos.

10 800 segundos.

Un corto y diminuto tiempo.

Tan corto como la vida que se escapa.

Tan amplio como aquello que se queda.

Pensó Marco Antonio mientras se inclinaba ante el cadáver de su amigo y en soledad lloró.

Hermano mío, compañero de batallas, con cuánta crueldad cercenaron tu ser. Hijos de puta, carniceros. Malditos sean sus nombres y el de sus hijos. Dioses del averno permítanme ver la destrucción de todo aquel que con su espada laceró el cuerpo de Cayo Julio César, que todos los impíos mueran uno a uno con la misma arma que asesinaron a su rey, que sus legiones y sus tierras sean reducidas a la nada y su ascendencia suplique piedad. Muerte por muerte implora la justicia. Permitan Dioses del averno que el espíritu de César vuelva en compañía de Atis y ejecute su venganza. Porque no soy yo quien exige la inmolación, son los actos tan bestiales que aquí se han cometido, ahora veo con pena lo que esto ha desatado en el Olimpo, porque lo que le avecina al hombre es insoslayable. Los seres humanos pelearán entre ellos por riqueza, las madres llorarán a sus hijos desaparecidos, las fosas serán el cobijo de niños, mujeres y hombres justos acribillados y mutilados por falsos líderes de guerra. Los gobernantes de las naciones serán la escoria que sepulte la verdad y el pensamiento. Los sentimientos más nobles morirán. Esta profecía se extenderá al mundo entero, porque injusta fue su muerte, justa su reparación... En los huecos de tu cuerpo dejo mis oraciones. Ay César recibiste la muerte en la paz y no en la guerra... Me duele ver como el honor y la lealtad expiran en estos tiempos de traición. Hoy tú estás aquí, mañana seré yo a quien lleven libaciones y me pregunto qué hay de mí en este mundo que sea tan grande para ser recordado en la memoria de Roma. Si en este instante muriera, qué dejaría yo... Por tu parte debes ir tranquilo, Caronte espera al más grande de sus romanos y al más querido por su pueblo, anda pues que el barquero del más allá aguarda para conducirte al otro lado del mar donde Julia, tu hija muerta, seguramente te espera. Mientras tanto haré lo que me corresponde.

“¡Libertad, independencia y emancipación!” “¡Libertad, independencia y emancipación!” César ha muerto. Ha muerto el traidor, exclamaban los conjurados en medio del Foro.

Y viendo el pueblo las manos, las bocas y los mantos de Bruto, Casca, Casio, Trebonio, Décimo y Metelo teñidos de sangre fresca. Entendieron que todo había acabado para el dictador.

Y entonces se hizo el caos.

Hombres y mujeres corrieron de un lado a otro implorándole a Júpiter perdón.

Muchos sacaron sus mejores vinos y vertían sangre de las vides a la tierra.

Otros más, invadidos por el miedo, tomaron lo poco que tenían en sus casas y huyeron a otras provincias.

Algo muy malo va a pasar por la injuria cometida.

Algo muy malo se decían.

Salve Bruto, descendiente de Lucio Junio Bruto.

Salve.

¿Por qué asesinaron a César y se regocijan en su lecho?

Le mataron de una forma tan bestial.

Hicieron bien.

Traidores de mierda.

El pueblo lo amaba.

Le temía.

Lo adoraba.

Exigimos una explicación.

Y fue entonces cuando Bruto reveló a su pueblo:

Ciudadanos de Roma, escuchen lo que vengo a decirles. Antes que nada quiero que sepan que “el afecto de Bruto por César no era menos que el suyo” y mis lágrimas tampoco. He perdido a un amigo igual que ustedes. También perdí a un padre y a un maestro, pero mis apegos personales jamás estarán por encima de mi amor por Roma, es por ello que lo derroqué, manchando mis manos con su sangre y limpiando la sangre de Roma con mi honor. César estaba cegado por la ambición, el poder lo obsesionó estos últimos años y pensaba abolir esta República que tanto ha costado a los Romanos. Hoy iba a exigir al Senado la corona... “Porque César me apreciaba, le lloro; porque fue afortunado, lo celebro; como valiente, lo honro; pero por ambicioso, lo maté”. Y mientras Bruto viva juro por Júpiter que ningún Romano será esclavo, así tenga que matar a veinte Césares más o al mismo Bruto si fuera necesario.

La muchedumbre aplaudió.

Bruto nos salvó, se decían.

El pueblo había comprado las palabras que Bruto le vendió.

Qué frágil es el pensamiento de los hombres.

Tan mudable como el sol.

Tan fugaz como una estela.

Al discurso de Bruto siguió el de Marco Antonio.

Quien en la tribuna pidió fuera retirado el manto que cubría el cadáver del dictador vitalicio y Pontífice Máximo.

Al verlo, la gente quedó horrorizada.

Veintitrés estocadas.

Amigos, compatriotas, vengo aquí a “inhumar a César, no a ensalzarle”. Ya Bruto nos ha revelado el porqué de su asesinato, porque Julio César no murió, lo mataron. Fue una causa justa dicen estos hombres, hombres buenos. Era un ambicioso, dicen ellos, pues si en verdad lo era lo pagó y miren de qué forma. Pero fuera de sus errores, César los amó tanto que hasta el final de sus días pensó en ustedes, prueba de ello es este testamento. Pero estos hombres nobles y honrados dicen lo contrario. Les suplico amigos, pueblo de Roma, que no sean tan severos al juzgar a César, pues al ver sus defectos están olvidando sus virtudes y todo lo que él hizo por ustedes, su pueblo... Hoy por hoy, los seres humanos vivimos en un mundo donde lo que menos queda es lo humano. La ambición y las ansias de poder nos han robado la capacidad de pensamiento, y el pensamiento a su vez nos va negando la facultad de sentir, de amar... Y yo les pregunto. ¿Dónde quedó su amor por la República hermanos de Roma? ¿Dónde quedó su amor por César? En los gritos de libertad de esos hombres tan honrados que lo asesinaron. En estos días el honor es un valor que pesa menos. ¿Qué se compra con honor? ¿Qué se vende? ¿Cuál es su costo? Ayer mismo alababan a César, lo admiraban como a un héroe, lo apreciaban como amigo, lo amaban como a un padre. Y hoy bastaron tres palabras para olvidar lo que existía en su corazón. Romanos, tengan la capacidad de juzgar por los ojos y no por la orejas. DICEN que César fue un ambicioso y QUÉ VIMOS todos en las Lupercales, a un hombre que negó llamarse rey para seguir siendo César. Tres veces le ofrecí la corona y tres veces la despreció, pero dicen estos honrados hombres que era ambicioso. ¿Es ambición expandir nuestro territorio y con lo tomado en las guerras llenar el erario público? ¿Es ambición repartir haciendas a los veteranos de guerra? ¿Regalar trigo y dracmas a todo Romano libre? ¿Acrecentar el número de libertos en Roma? ¿Ampliar el Senado dando voz a más ciudadanos? ¿Perdonar a todo aquel que fue su enemigo y en lugar de matarlo como cualquier otro hubiera hecho, premiarlo con magistraturas y consulados? ¿No fue César misericordioso con Bruto y con Casio? Y miren qué hicieron estos honrados hombres, lo mataron... Amigos míos, yo no puedo como otros convencerlos con palabras, pues desconozco la oratoria, no puedo hablarles ni de Sócrates, ni de Platón, jamás tomé clases de sofismo, ni empleo la dialéctica ni la retórica para formular discursos, pues lo único que sé es



hablarles con el corazón. Es todo cuanto poseo y lo expongo ante ustedes para jurarles que César jamás quiso hacer de sus hijos esclavos. Pues aquí no hay más esclavos que aquellos que teniendo libertad no son capaces de pensar, aquellos que sojuzgan a sus pares, aquellos que están maniatados por su necesidad. Esclavos somos todos al permitir que nuestra nación sea gobernada por patricios. Que ellos representan al Senado y el Senado representa al pueblo. ¿Qué saben ellos del pueblo si sus culos no han tocado jamás el lomo de un caballo? ¿Qué saben ellos del pueblo cuando jamás han dormido entre tierra y estiércol? ¿Qué saben ellos del pueblo si en sus manos jamás han erguido una espada para defender a la República a la que tanto dicen amar? Esos a los que nosotros les llamamos el ingente culo, no saben más que hablar.

Hombres de Roma, mujeres, soldados. No permitamos ser peones, ni fantasmas, no seamos más el hoyo en la arena de esos que se creen dioses. No sigamos siendo hilos, ni marionetas de sus erradas empresas. Seamos seres libres... Y no quiero con esto incitarlos a la guerra, pues soy amigo de la paz y enemigo de la violencia, sin embargo, hay causas necesarias.

La gente lloraba conmovida.

Exigían el levantamiento.

A esos "honrados hombres" hay que tumbarles la honra.

Y entonces Marco Antonio leyó el testamento de César.

En él dejaba a cada uno de los romanos setenta y cinco dracmas.

Además de todos sus paseos, quintas particulares y sus jardines recién plantados de este lado del Tíber.

Todo lo cedía a perpetuidad a los Romanos.

Que miseria ha caído sobre Roma.

La culpa es infinita.

La pasión nos llevó a cometer un terrible error.

Juzgamos mal a César.

Evidentemente después de leer el testamento.

Y de escuchar las palabras de Antonio.

Y vislumbrar el cuerpo de su rey descuartizado en medio de la plaza.

Nuestro odio se volcó hacia Bruto y sus secuaces.

Y allí fue donde la muchedumbre se hizo conocer.

Dos centuriones con sus espadas al cinto y antorchas en las manos prendieron fuego al lecho donde estaba expuesto el cadáver.

Y así, el pueblo entero en un arrebató de rabia comenzó a destruir los puestos del mercado y las tribunas de los oradores para arrojarlas a la creciente hoguera.

Fuimos llenando el lecho mortuorio de César de todo lo que a su paso encontrábamos para alimentar la pira.

Éramos muchos.

Cientos.

Las mujeres se despojaron de sus mantos y joyas.

Bulas, amuletos sagrados de oro, escaños, puertas y cancelas.

Todo iba a parar a la lumbre.

Los músicos corrían a arrojar sus instrumentos.

Los soldados y veteranos lanzaban sus condecoraciones.

Todo, todo con tal de nutrir a nuestro Rey.

Ruego al fuego que eleve hasta el cielo los restos mortales del occiso convertidos en una gigantesca llamarada.

Toda la noche velamos la hoguera. Procurando acrecentarla.

Y entre más grande era el fuego.

Más extenso nuestro odio.

Teme Bruto a este pueblo, que aclama tu crucifixión.

Casio, mi lanza atravesará en dos tu ser partiendo de culo a coronilla tu cuerpo en dos.

Te arrancaré el intestino con los dientes Décimo y los ofreceré a Plutón.

Que los buitres carcoman tu pene Metelo y tu descendencia sea el blanco de la peste.

Casca, yo te maldigo y pongo a Venus de testigo de este mal.

Y así, entre alaridos de cólera y juramentos de venganza, despedimos a nuestro gobernante.

No habían cesado aún los últimos tizones,

cuando tomamos las antorchas.

Ya no había nada que perder.

Éramos cientos de huérfanos corriendo por la ciudad.

Abriendo cráneos.

Incendiando casas.

Crucificando a todo aquel que se nos atravesaba.

Me sentí un guerrero.

Yo un Centurión.

Yo creí ser César desafiando el Tiber.

Buscábamos a los asesinos.

Pero ellos ya habían huido.

Irónicamente, el pueblo romano nombró a César tras su muerte Dios.

Y en el lugar exacto donde se incineró,

fue levantado un templo.

Todos sus bienes pasaron a manos de Octavio Augusto, sobrino de César y a quien César nombró en su testamento heredero e hijo adoptivo.

A Roma le siguieron años de Guerra Civil e inestabilidad.

Todos los asesinos de César murieron al corto tiempo de cometer su asesinato.

Nunca fueron juzgados por su crimen.

Casio se suicidó con la misma daga con que mató a César.

Y Bruto pidió a su lacayo sostener la espada mientras dejaba caer su cuerpo sobre ella tras ser derrocado en la doble batalla de Filipos, contra Marco Antonio y Octavio Augusto.

Algunos dicen que Atis volvió con Julio para cumplir su venganza.

Ninguna de las mujeres de estos hombres fue feliz.

Porcia se volvió loca tras la ausencia de Bruto y murió al tragar carbón ardiente.

Cleopatra huyó de la ciudad con Marco Antonio y Cesarión.

Calpurnia lloró a Cayo Julio César hasta su muerte.

Octavio Augusto pronto convertiría a nuestra República en Imperio.

Y él sería su emperador.

Aquí acaba Julio César.

El hombre.

El tirano.

El buen guerrero.

El de la buena estrella.

Y con él nuestra República.

Muchos dicen que los hombres son dueños de su destino Para otros el sino viene dado desde arriba.

No lo sé.

No lo sabemos.

Lo cierto es que en las batallas de los hombres.

El hombre es el que tiene el deber de ganar su libertad.

Y en este mundo tan jodido.

Tan deshumanizado.

Existen aún seres que quieren cambiar mundos.

Quisiera pensar que no son las estrellas ni la luna las que nos definen.

Sino las decisiones.

El ímpetu de aquellos que no se conforman con ser Peones.

Con ser alfiles.

Ni el hoyo en la arena que deja algún pulgar.

Tal vez no ganamos esta batalla.

Tal vez no ganamos ésta, ni la siguiente.

Tal vez pasen años, siglos.

Pero en algún tiempo, en algún lugar.

Existirá un pueblo que sea capaz de ganar su libertad.